

de vista del Austria. Asi Mr. de Metternich partió ostensiblemente, seguro de que al saber Napoleon que se hallaba en conferencias con los dos soberanos, experimentaria vivos celos, y en vez de rehusar que fuese á Dresde, le convidaria á ir con instancia. Esta mira, confirmada pronto por el suceso, pareció tan delicada como justa al emperador Francisco, quien por este motivo aprobó el viage de Mr. de Metternich á Oppontschna.

Mientras este ministro se encaminaba á dicho punto, Rusia y Prusia, se ligaron por un tratado de subsidios con Inglaterra. A tenor de este tratado, celebrado el 13 de junio y revestido con las firmas de lord Cathcart, de Mr. de Nesselrode y de Mr. de Hardenberg, se comprometia Inglaterra á suministrar desde luego dos millones de libras esterlinas á Rusia y Prusia, y á tomar á su cargo la mitad de una emision de papel moneda, llamado *papel federativo* y destinado á circular en todos los Estados aliados. A cinco millones de libras esterlinas debia ascender la suma emitida. De consiguiente cuatro millones y medio de libras esterlinas, esto es ciento doce millones y quinientos mil francos, eran los que Inglaterra suministraba á las dos potencias, á condiccion de que de tropas activas mantendrian en pie ciento sesenta mil hombres la Rusia y ochenta mil la Prusia, de que harian al enemigo comun de Europa una guerra á muerte, y de que no tratarian sin Inglaterra ó al menos sin ponerse de acuerdo con ella. Habiendo informado los soberanos de Rusia y de Prusia á lord Cathcart de que se les instaba á aceptar la mediacion de Austria, y de que estaban propicios á ello, salvo las condiciones de paz que de acuerdo

con el gabinete británico fueran determinadas, lord Cathcart no vió aqui infraccion del tratado de subsidios, y hasta reconoció que convenia prestarse á todos los deseos del Austria, dado que probablemente no serian aceptadas por Napoleon las condiciones que esta potencia considerara indispensables, y asi por la via esencialmente pacífica de la mediacion se la arrastraria á la guerra.

Llegado Mr. de Metternich á Oppontschna fué colmado de halagos y de solicitudes por los soberanos y sus ministros. Para decidirle unós y otros blasonaban de sus fuerzas inmensas, y hasta irresistibles si el Austria se agregaba á ellos, y en este caso daban á Napoleon por perdido y á la Europa por salvada. Tambien decian que con Napoleon era la paz imposible, que evidentemente no la queria, y además seria poco segura, pues si se dejaba pasar la ocasion de abrumarle ahora que estaba debilitado, volveria á tomar las armas tan luego como recuperara sus fuerzas, y se haria eterna la lucha. Estos puntos de vista no eran ni podian ser los del Austria. Esta potencia no se hallaba embriagada á semejanza de Rusia con el papel de libertadora de Europa, ni reducida á vencer ó á morir como Prusia, ni al abrigo de las resultas de una guerra desventurada como Inglaterra: además tenia vínculos con Napoleon que ni el decoro, ni el afecto del emperador Francisco á su hija, permittian romper á no mediar los motivos mas graves. Por otra parte soñaba con la posibilidad de restablecer la independenciam de Europa sin una guerra, que juzgaba llena de peligros hasta contra Napoleon debilitado. Por consiguiente su dictámen es-tribaba en que, si se podia celebrar una paz venta-

josa y que ofreciera seguridades, convenia aprovechar la coyuntura, y no comprometerlo todo por querer tornarlo á ganar de un solo golpe. Si, por ejemplo, renunciaba Napoleon á su quimera polaca, pues asi se calificaba el gran ducado de Versovia, si consentia en reconstituir la Prusia, en devolver á Alemania su independencia por la abolicion de la Confederacion del Rhin, en restituirle su comercio por el abandono de las ciudades anseáticas, valia mas aceptar esta paz que exponerse á los peligros de una guerra tremenda, que al par de eventualidades felices las presentaba tambien horrorosas. Si no se inclinaba á este modo de pensar la Inglaterra, convenia atraerla aunque fuese de mal grado; dándola á entender que se quedaria sola. Por otra parte para ella estaba conseguido el punto mas importante, pues era fácil de ver que Napoleon iba á renunciar á la España, puesto que admitia á los representantes de la insurreccion de Cádiz en el congreso, á lo cual no habia jamás asentido. Se necesitaba pues imponer la paz á Inglaterra como á Napoleon, porque era urgente para todo el mundo, y se tenia el medio de lograrlo, amenazando á Inglaterra con tratar sin ella, y á Napoleon con abrumarle bajo las fuerzas reunidas de Europa. Tales eran las ideas del Austria, que estaban lejos de profesar los soberanos de Rusia y Prusia, dominados por las pasiones del momento. Una paz hubieran querido para Francia mucho mas rigurosa, no pareciéndoles por ejemplo que se debian conceder á Napoleon ni la Westfalia, ni la Holanda. Tambien hablaban de quitarle al menos una parte de Italia, para restituirle á Austria, que no tenia necesidad de que la disper-

tasen este género de apetito, bien que hiciese enmudecer á su ambicion la prudencia. Aun encontrando Mr. de Metternich muy legitimos estos deseos, declaró que Austria, con la esperanza de una solucion pacifica, se limitaria á pedir el abandono del gran ducado de Varsovia, la reconstitucion de la Prusia, la abolicion de la Confederacion del Rhin, la restitucion de las ciudades anseáticas, y no haria la guerra sino en el caso de que estas condiciones fuesen desechadas por Francia. Se le respondió que lo serian inevitablemente, á lo que el ministro austriaco replicó de la manera mas sencilla que, si eran desechadas, entonces su soberano podria venir á ser honrosamente miembro de la alianza, y que estaba resueltísimo á serlo.

Bastaba que Austria asentase de una manera formal estas condiciones para que no quedara otro arbitrio que admitirlas, pues sin su concurso la guerra no ofrecia ninguna eventualidad favorable. Dictando la ley á Rusia y á Prusia, tambien la dictaba á Inglaterra, que pronto se veria obligada á entrar en tratos, si seguia el continente por este rumbo. De consiguiente habia que sujetarse á las voluntades de Austria, y se sujetaban sin repugnarlo, á causa del convencimiento que se abrigaba de que Napoleon desecharia las condiciones imaginadas por ella, y de que cediendo se la tendria mas sujeta de lo que pensaba tener á las otras naciones. El resultado de estas conferencias fué que se aceptaria la mediacion austriaca; que se abocarian con Napoleon por conducto de la córte de Viena; que esta propondria las condiciones citadas; que no declararia la guerra sino en caso de negativa; que permaneceria neutral hasta entonces; y para sim-

plificar la cuestion se aplazaria la paz con Inglaterra, enterándola de la situacion de las cosas; sin embargo, se creia que la paz continental traeria consigo la paz marítima próxima é inevitablemente.

Adoptadas estas bases, Mr. de Metternich regresó á Gitschin, al lado de su soberano, y al llegar, encontró su prevision perfectamente justificada. Con efecto, zozobroso Napoleon de lo que pasaba en Bohemia, sabiendo que eran continuas las idas y venidas entre Gitschin, residencia de su suegro, y Reichenbach, cuartel general de los coaligados, conociendo tambien que Mr. de Metternich habia debido ver á los soberanos de Rusia y de Prusia en Oppontschna, no juzgó conveiente dedicar su aplicacion á perder el tiempo, hasta el punto de ser ageno á todo lo que se tramaba entre las potencias, y quizá hasta dejar que se anudase á su lado una coalicion tremenda, cuya formacion podia precaver interviniendo oportunamente. Viendo á Mr. de Metternich, con quien tenia mucha costumbre de hablar mano á mano, se lisonjeaba de penetrar los designios de la coalicion cuando menos, lo cual no era para él de escasa importancia, y sobre todo de proporcionarse una próroga del armisticio, único resultado á que aspiraba con empeño, pues de ningun modo queria la paz bajo las condiciones propuestas. De consiguiente, por conducto de Mr. de Basano hizo decir á Mr. de Bubna que recibiria de buen grado á Mr. de Metternich en Dresde, y que hasta creia que ya era necesaria su presencia para el cabal esclarecimiento de las cuestiones, de cuya resolucion se trataba. Inmediatamente escribió Mr. de Bubna á Gitschin,

y de esta suerte, al volver Mr. de Metternich de su entrevista con Alejandro y Federico Guillermo, se halló con la invitacion de ir al lado de Napoleon á Dresde. Como precisamente ni el emperador Francisco ni su ministro deseaban otra cosa, no habia que titubear sobre la aceptación de la cita dada, y Mr. de Metternich se decidió á ponerse de nuevo en camino. Cuando iba á emprender el viage, le entregó el emperador Francisco una carta para su yerno, en la cual daba poder á su ministro de Negocios Extranjeros para firmar todos los articulos relativos a la modificacion del tratado de alianza y á la aceptación de la mediacion austriaca. De nuevo estrechaba á Napoleon en esta carta á que se resolviese por la paz, que segun su dicho, era la mas hermosa y única gloria, cuya conquista le faltaba.

Mr. de Metternich llegó á Dresde el 25 de junio, y al otro dia tuvo una primera entrevista con Mr. de Basano, porque ostensiblemente debia negociar con este ministro. Cerca de dos horas emplearon en vanas quisquillas sobre el tratado de alianza, que existia siempre, y sin embargo debia quedar en suspenso, sobre el modo de conciliar el papel de mediador y el de aliado, sobre la forma de la mediacion, sobre la pretension del mediador de ser el único órgano de las potencias heligerantes. Fiel Napoleon á su sistema de ganar tiempo, así habia ganado dos dias, pero Mr. de Metternich no habia ido únicamente para abocarse con un ministro sin influencia, y además tenia que entregar á Napoleon una carta del emperador Francisco: fuerza era por tanto que le viese, y sin mas dilaciones. Por su parte Napoleon, lleno de una ira,

que la presencia de Mr. de Metternich hacia hervir en sus venas, se hallaba ahora del todo dispuesto á recibirle. No era ya su designio penetrar el secreto de su interlocutor, ni arrancarle una prolongacion del armisticio; realmente su necesidad mas apremiante consistia en decirle su idea y en dar á su pasion desahogo. Recibió á Mr. de Metternich el 28 de junio por la tarde. Al cruzar las antecámaras del palacio Marcolini, hallólas Mr. de Metternich atestadas de ministros extranjeros, de oficiales de todas graduaciones, y especialmente encontró al príncipe Berthier, que deseaba la paz sin osar decirselo á Napoleon, y no sabia manifestar sus deseos sino entre aquellos á quienes conviniere ocultarlos. A la vista de Mr. de Metternich se pintó cierta especie de ansiedad en todos los semblantes. Conduciéndole el príncipe Berthier hasta el cuarto del emperador, le dijo:—¿Y bien, nos traeis la paz? Sed, pues, razonable, sacadnos de esta guerra, porque necesitamos que cese lo mismo que vosotros.—Por este tono se convenció Mr. de Metternich de la exactitud de los informes de sus espías, de que por todas partes se deseaba la paz en Francia, hasta entre las tropas y con ardimiento, lo cual por desgracia no era el modo de disponer á nuestros enemigos á celebrarla. Mas valiera efectivamente acreditar mas amor á la paz delante de Napoleon, y menos delante de Mr. de Metternich; pero tales son las córtes donde no se osa desplegar los labios; se dice á todo el mundo con frecuencia lo que convendria no decir mas que al soberano. Introducido Mr. de Metternich en el gabinete de Napoleon, le halló de pié, con la espada al lado, debajo del brazo el sombrero, conteniéndose como

quien no se va á contener mucho, urbano, si bien frío.—Ya estais aqui, pues, Mr. de Metternich, le dijo, y venis tarde en demasia.... y seguidamente, segun el lenguaje convenido del gabinete francés, esforzóse en la primera exposicion de la situacion de las cosas, por culpar al Austria del tiempo perdido desde el armisticio, habiendo trascurrido veinte y cuatro dias sin ningun resultado, puesto que se habia firmado el 4 de junio, y ya era el 28. Despues habló por menor de sus relaciones con Austria, se quejó de ella amargamente, y extendióse muy á la larga sobre la poca seguridad de las relaciones con esta potencia.—Tres veces, dijo, he restituido al emperador Francisco su trono; hasta he cometido la falta de casarme con su hija, esperando captarme su amistad, y nada ha bastado á traerle á mejores sentimientos. Contando el año último con su ayuda, celebré un tratado de alianza por el cual le garantizaba sus Estados y me garantizaba los míos. Si me significara que no le convenia este tratado, no hubiera yo insistido, ni me empeñara en la guerra de Rusia. Pero lo firmó al cabo, y despues de una sola campaña, desgraciada por causa de los elementos, ya vacila, y ya no quiere lo que al parecer queria con tanta vehemencia, se interpone entre mis enemigos y mi persona para negociar la paz á lo que dice, si bien realmente para atajarme en mis victorias, y arrancar de mis manos á los adversarios á quienes iba á destruir....—Si no estimábais mi alianza, añadió Napoleon animándose á medida que hablaba, si os era ominosa, si os arrastraba con el resto de Europa á una guerra que os repugnaba, ¿por qué no me lo dijisteis? No hubiera yo persistido para

coartaros; vuestra neutralidad me bastara, y ya la coalicion se hallaria disuelta á estas horas. Pero bajo pretexto de proporcionar la paz, interponiendo vuestra mediacion, os habeis armado, y despues de concluidos ó casi concluidos vuestros armamentos, pretendéis dictarme condiciones que son las mismas de mis enemigos; en suma, os plantais como gentes dispuestas á declararme la guerra. Explicáos, ¿quéreis la guerra conmigo?... ¡Siempre han de ser los hombres incorregibles!... ¡Jamás les han de servir las lecciones!... Envalentonados de resultados de los sucesos del último invierno los rusos y los prusianos, á pesar de sus experiencias crueles, han osado venir á mi encuentro, y los he batido y muy batido, aunque os hayan dicho lo contrario. ¿Acaso queréis que también os llegue vuestro turno? Pues bien, os llegará, si tal es vuestro deseo.... Os cito para Viena en octubre.

Esta manera de entrar en tratos, este modo despreciativo de calificar un matrimonio, del que á decir verdad no parecia pesaroso como hombre privado, ofendió é irritó á Mr. de Metternich, sin imponerle mucho, pues mas impresion le causara una fria entereza.—Señor, respondió, no queremos declararos la guerra; pero deseamos poner término á un estado de cosas ya intolerable para Europa, á un estado de cosas que nos amenaza á todos con un trastorno universal á cada instante. V. M. se halla tan interesado en ello como nosotros, porque un dia os podria volver el rostro la fortuna, y en la tremenda movilidad de las cosas, no seria imposible que os encontráseis en trances fatales.—¿Pero qué es lo que pretendéis, repuso

Napoleon, qué es lo que venís á pedirme?—Una paz, respondió Mr. de Metternich, una paz necesaria, indispensable, una paz de que necesitais ni mas ni menos que nosotros, una paz que asegure vuestra situacion y la nuestra.—Y entonces, con infinitos miramientos, insinuando mas bien que enunciando una condicion tras otra, probó Mr. de Metternich á enumerar las ya conocidas y presentadas. Saltando Napoleon á semejanza de un leon, apenas dejaba acabar al ministro austriaco, y á cada enunciacion le interrumpia, como si oyese un ultraje ó una blasfemia.—¡h, dijo, os adivino!... Hoy no me pedis mas que la Iliria para proporcionar puertos al Austria, algunas porciones de la Westfalia y del gran ducado de Varsovia para reconstituir la Prusia, las ciudades de Hamburgo, de Lubech y de Brema, para restablecer el comercio de Alemania, y la abolicion del protectorado del Rhin para restaurar su pretendida independenciam, la abolicion de un vano titulo, segun vuestro dicho... Pero estoy en vuestro secreto, sé lo que deseais á vueltas de todo.... Vosotros los austriacos queréis toda la Italia; vuestros amigos los rusos quieren la Polonia, los prusianos la Sajonia, los ingleses la Bélgica y la Holanda, y si hoy cedo, mañana me pedireis todas estas cosas, blanco de vuestros deseos ardientes. Pero para esto aprestaos á levantar millones de hombres, á derramar la sangre de muchas generaciones, y á venir á tratar al pié de las alturas de Montmartre.—Punto menos que fuera de sí estaba Napoleon al pronunciar tales palabras, y aun se supone que se permitió respecto de Mr. de Metternich frases ultrajantes, lo cual éste ha negado siempre.

Entonces Mr. de Metternich trató de patentizar á Napoleon que no se trataba de ninguna de estas cosas; que acaso una guerra imprudentemente prolongada podría engendrar de nuevo pretensiones semejantes; que sin duda había locos en Europa, á quienes habían exaltado la cabeza los sucesos de 1812; que de estos se hallaban no pocos en San Petersburgo, en Berlin ó en Londres, pero que ninguno había en Viena; que se solicitaba lo que se quería, y no otra cosa; que por lo demás, el medio verdadero de desbaratar las pretensiones de estos locos era aceptar la paz, una paz honrosa, pues la que se ofrecía era no solo honrosa, sino hasta gloriosa.—Algo mas suavizado por estas palabras, dijo Napoleon á Mr. de Metternich, que si no se trataba mas que del abandono de ciertos territorios, podría ceder sin duda; pero que se coaligaban para dictarle la ley, para constreñirle á que cediera, para quitarle su prestigio, y con una singular sencillez de orgullo dió á entender que lo que mas sensiblemente le llegaba al alma no eran tanto los sacrificios exigidos de su persona, como la humillacion de recibir la ley despues de haberla dado de continuo.—Luego con una arrogancia de soldado, que le sentaba perfectamente, dijo á Mr. de Metternich.—Vuestros soberanos, nacidos sobre el trono, no pueden comprender los sentimientos que me animan. A sus capitales tornan batidos, y esto ni les quita ni les pone. Yo soy soldado, necesito honor, gloria, no puedo presentarme rebajado en medio de mi pueblo; tengo que permanecer grande, glorioso, admirado!...—¿Cuándo acabará, pues, semejante estado de cosas, repuso Mr. de Metternich, si tanto los triunfos como los reveses dan igual

márgen para proseguir estas guerras desoladoras? Victorioso, quereis sacar todas las consecuencias de vuestras victorias: vencido, quereis reponeros. Señor, así siempre estaremos con las armas en la mano, dependiendo eternamente así vosotros como nosotros de los azares de las batallas!—Pero yo, replicó Napoleon, no me pertenezco, á quien pertenezco es á esa nacion brava, que á mi voz viene á derramar su sangre mas generosa. A tanta adhesion no me cumple corresponder con cálculos personales, con debilidad, debo conservarle entera la grandeza que ha comprado á costa de tan heróicos esfuerzos.—Pero, señor, dijo Mr. de Metternich á su vez, esa nacion brava, cuyo valor admira todo el mundo, también necesita de reposo. Acabo de cruzar por medio de vuestros regimientos: vuestros soldados son niños. Habeis hecho alistamientos anticipados, llamando á una generacion apenas formada; y una vez destruida esta generacion por la guerra presente, ¿anticipareis de nuevo? ¿Llamaréis á una mas jóven todavía?—Estas palabras, que envolvian el cargo reproducido por los enemigos de Napoleon á menudo, le tocaron en lo mas vivo. Palideció de cólera, se descompuso su rostro, y no siendo ya dueño de sí mismo, tiró ó dejó caer su sombrero, que no alzó Mr. de Metternich, y yéndose á éste en derechura, le dijo:—No sois militar, caballero; no teneis como yo el alma de un soldado; no habeis vivido en los campamentos; no habeis aprendido á despreciar la vida agena y la propia cuando hace falta... ¡Qué son á mis ojos doscientos mil hombres!—Estas palabras, cuya familiaridad soldadesca reproducimos, conmovieron á Mr. de Metternich de una manera profunda.—

Abramos, exclamó el ministro austriaco, abramos, señor, las puertas y las ventanas, para que os oiga la Europa entera, y nada perderá la causa que vengo á defender á vuestro lado.—Algo mas repuesto dijo Napoleon á Mr. de Metternich con irónica sonrisa: —Despues de todo, los franceses, cuya sangre estais defendiendo, no tienen por qué estar de mí quejosos. Verdad es que he perdido doscientos mil hombres en Rusia, entre ellos cien mil soldados franceses de los mejores: de estos lo siento mucho.... si, lo siento vivamente.... En cuanto á los demás eran polacos, italianos y principalmente alemanes....—A estas palabras añadió Napoleon un gesto harto significativo de que esta última pérdida le conmovia poco.—Sea, repuso Mr. de Metternich, pero convendreis, señor, en que esa razon no es para dada á un alemán.—Hablais en favor de los franceses, interrumpió Napoleon, y os he respondido en su nombre.—Con este motivo empleó mas de una hora contando á Mr. de Metternich que en Rusia fué sorprendido y vencido por el mal tiempo; que todo lo podia prever y superar menos la naturaleza; que sabia batirse con los hombres, pero no con los elementos. No habiendo visto á Mr. de Metternich despues del año de 1812, se ingenió en rehacer á sus ojos el prestigio de su invencibilidad, sobradamente destruido en el espíritu de ciertos hombres, y puso grande esmero en demostrar que nunca se le habia vencido sobre el campo de batalla, lo cual era exacto; y que, si habia perdido cañones, fué por causa del frio que, matando los caballos, destruyó el único medio de trasportar la artillería. Mientras hablaba de este modo, paseándose con agitacion extremada, en-

contró y echó con el pié á un rincon del cuarto su sombrero que habia quedado en el suelo. En las idas y venidas de esta larga entrevista, volvió á la idea fundamental de su discurso, de que el Austria, á la cual tantas veces absolvió de las penas de que se habia hecho merecedora, á la cual habia pedido por esposa una archiduchesa, falta enorme por su parte, segun decia, aun osaba declararle la guerra, menospreciando tantos buenos procederes.—Falta, replicó monsieur de Metternich para Napoleon conquistador aunque no para Napoleon político y fundador de imperio.—Falta ó no, interrumpió Napoleon, me quereis declarar la guerra. Sea en buen hora. ¿Cuáles son vuestros recursos? ¿Hablais de doscientos mil hombres en Bohemia, y pretendéis que dé crédito á fabulas semejantes? Cien mil tendreis á lo sumo, y sostengo que estos se reducirán á ochenta mil en línea probablemente.—En esto condujo á Mr. de Metternich á su gabinete de trabajo, le enseñó sus notas y sus mapas, le dijo que Mr. de Narbonne habia cubierto el Austria de espías suyos, y que en vano se intentaria asustarle con quimeras; que ni cien mil hombres tenían en Bohemia los austriacos.... Trescientos cincuenta mil hombres propalaban estos que tenían sobre las armas, cien mil en el camino de Italia, cincuenta mil en Baviera y doscientos mil en Bohemia. Tales eran los decires de hombres no acostumbrados á cálculos de esta especie, é ignorantes de que si Austria contaba trescientos cincuenta mil hombres en sus listas, solo tendria doscientos mil á lo sumo en el fuego, por ejemplo, treinta mil en el camino de Italia, cincuenta mil en Baviera, ciento ó ciento

veinte mil en Bohemia. Con la experiencia que Napoleon tenia de los desengaños que se sufren en la guerra bajo el aspecto de los guarismos, trató á la ligera las aserciones de Mr. de Metternich, que, ageno á la administracion militar, no podia justificar lo bastante. Dejando este asunto, sobre el cual no era fácil entenderse, dijo Napoleon al ministro austriaco:—Por lo demás, no os mezcleis en esta disputa, en la cual correis muchos peligros y se os presentan muy escasas ventajas; mantenéos aparte. ¿Queréis la Iliria? Pues bien, os la cedo; pero sed neutrales, y me batiré á vuestro lado y sin vosotros. La paz que deseais proporcionar á Europa, se la daré yo de seguro y equitativamente para todos. Pero la paz, que aspirais á celebrar por virtud de vuestra mediacion, es una paz impuesta, que me hace representar á los ojos del mundo el papel de un vencido á quien se dicta la ley.... la ley, cuando acabo de alcanzar dos victorias brillantes. Mr. de Metternich tornó á la idea de la mediacion, de la cual no podia apartarse, esforzóse por presentarla, no como una coaccion que se tratara de hacer sufrir á Napoleon, sino como una intervencion oficiosa, de un aliado, de un amigo, de un padre, que, luego que se conocieran las condiciones propuestas, sin duda figuraria á juicio del mundo como parcialísimo á favor de su yerno. —¡Ah, persistís, exclamó Napoleon con ira, quereis siempre darme la ley!... ¡Pues bien, sea, la guerra!... Pero hasta la vista, en Viena (1).

(1) Esta célebre entrevista es de todas aquellas en que Napoleon ha figurado personalmente, la más difícil de reproducir por falta de documentos bastantes. Respecto de

Esta memorable entrevista, que no decidió la cuestion de la paz y de la guerra, segun se verá muy pronto, pero que hizo estallar las disposiciones interiores de Napoleon de una manera tan poco oportuna, duró de cinco á seis horas. Al terminarse casi era de noche, hasta el extremo de que ninguno de los dos interlocutores podia apenas distinguir las facciones del otro. No queriendo Napoleon separarse reñido de Mr. de Metternich, á la despedida le señaló otra cita para los dias siguientes. Lo largo de la entrevista dió mucho en qué pensar á los que frecuentaban la antecámara impe-

las otras entrevistas de Napoleon, de que ya se ha dado cuenta en la presente historia, existian documentos numerosos, ora en nuestros archivos diplomáticos, ora en los archivos diplomáticos extrangeros: al contrario sucede respecto de la que nos ocupa ahora, pues, no habiendo Napoleon dirigido nada sobre ella á sus agentes exteriores, falta uno de los medios de informacion mas seguros. Se contenta con hablar de ella á Mr. de Basano, quien mas tarde fué autor de varias versiones publicadas por diferentes escritores con los cuales se hallaba ligado. De consiguiente casi fuera desconocida esta entrevista memorable, si el mismo Mr. de Metternich no hubiera escrito al pormenor y en tiempo útil sus particularidades. Habiendo alcanzado de su benevolencia la relacion esta, que me ha parecido muy severa para Napoleon, si bien generalmente exacta, he conservado en cuanto se acaba de leer todo lo que me ha parecido incontestable, segun el conocimiento que tenia de las negociaciones del momento, y segun las otras relaciones publicadas por los escritores, á quienes Mr. de Basano habia comunicado sus recuerdos. Lo mismo que en todas las ocasiones semejantes, solo he conservado lo que juzgo como al abrigo de toda disputa. Además, lo incontestable se me figura muy suficiente para dar de esta escena histórica una idea que reúna las circunstancias de exacta y completa.

rial. Aun era mayor la ansiedad de los semblantes que cuando Mr. de Metternich habia entrado. Acudiendo el mayor general Berthier para saber algo de lo acontecido, preguntó á Mr. de Metternich si estaba contento del emperador, á lo cual respondió el ministro austriaco:—Si, estoy contento de él, porque ha ilustrado mi conciencia, y os juro que vuestro soberano ha perdido el juicio.

No fué la violencia de tal entrevista lo que á la sazón hizo mas daño á los negocios del Imperio, sino la triste conviccion que debia Napoleon haber dejado en el ánimo de Mr. de Metternich de que nunca aceptaria las moderadísimas condiciones en que se habia encerrado el Austria. No obstante, por fortuna, cifrando Mr. de Metternich su gloria y su seguridad en obtener por la paz las condiciones que creia indispensables, era hombre para sacrificar á la política, el orgullo, y para no acalorarse mientras quedara una eventualidad de salir airoso. Asi Napoleon podia soltar la rienda á su enojo, con tal que se viniera á la razon á última hora y aceptara la paz aun tan prodigiosamente hermosa que se le brindaba. Disposición habia á perdonar las explosiones de su carácter á su genio y á su poderio, y hasta de buen grado se tolerara una ofensa á trueque de un gran resultado. Además, cuando se sufría por causa de su humor impetuoso, pronto se lograba el resarcimiento, pues, apenas daba vado á sus pasiones, sentia sonrojo, volvía en su acuerdo al punto y se apresuraba á acariciar á aquellos á quienes mas habia ofendido, y les prodigaba las seducciones para que olvidaran sus extravíos. Antes de mucho debia suministrar un nuevo ejemplo de esto la situacion que bosquejamos.

Apenas separado del ministro de Austria, ya se dolía de haberse abandonado tan por extremo á su natural arrebató, no alcanzando de esta entrevista nada de lo que se habia prometido. Lejos de penetrar los secretos del ministro austriaco, le reveló los suyos, dejándole ver la tenacidad invencible de su orgullo, y perjudicó á su principal objeto, el de la próroga del armisticio, mostrando que este no conduciría á la paz harto á las claras. Asi inmediatamente ordenó á Mr. de Basano que corriera en busca de Mr. de Metternich, y le hablara del objeto esencial de que no habia dicho gran cosa en la entrevista, esto es de la mediacion austriaca, de su forma, de sus condiciones, del plazo en que deberia ser ejercida. Por el lenguaje de Napoleon hasta pudo creer Mr. de Metternich que la rehusaba. Para destruir esta idea tuvo orden Mr. de Basano de emprender de acuerdo con Mr. de Metternich la redaccion de un convenio relativo á los términos de la mediacion, cosa que probaria al ministro austriaco que, á pesar de los arrebatos de Napoleon, no estaba perdido todo, y que no estaba definitivamente fija en la mente del gobierno francés la resolucion de desechar todo arbitraje pacífico.

Con efecto el dia siguiente fué dedicado por Mr. de Metternich y de Basano á debatir la cuestion de la mediacion, y nada se dijo del tratado de alianza, despues de la torpeza de suministrar al Austria el medio de desprenderse artículo por artículo de ella, y no valiendo sus tristes vestigios la pena de irritarse para salvarlos. De la mediacion se habló tan solo, de la manera de ejercerla, y de los sentimientos que animarian al Austria respecto de Francia. Mr. de Metternich renovó la seguridad